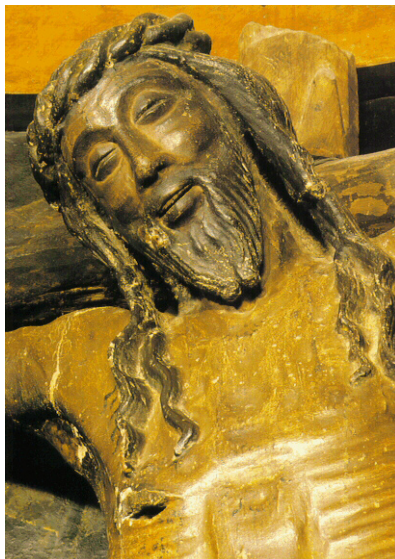




La única alegría de la verdad: Cristo

Nos encontramos en el tercer Domingo de Adviento, cada vez más cercanos a celebrar la grandísima solemnidad de la Natividad del Señor. La liturgia de este día nos anticipa, en los textos de la Sagrada Escritura, en las oraciones y cantos, el gozo infinito de la Encarnación del Verbo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, y su nacimiento entre los hombres. Así, en la primera lectura, el profeta Sofonías exulta de gozo porque ya llega la salvación para Israel. Luego San Pablo, con insistencia, *manda* a los cristianos que estén alegres: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres» (Flp 4, 4).

No podemos dejar de confrontar la liturgia de hoy y su imperativo «¡Alegraos!» con las dramáticas realidades que vivimos. Somos acosados de noticias, cada cual más dramáticas: suicidios, abortos, familias destrozadas, guerras, pobreza, etc... La baja tasa de natalidad, paradójicamente en los países más ricos de Occidente deja al descubierto, para cualquier observador imparcial, un mundo sin esperanza. Y, sin embargo, si hay algo que quiere ofrecer el mundo de hoy es alegría. Por todas partes se incentiva el gozo, el placer, la comodidad, todo tipo de cosas que intentan llenar el corazón del hombre y hacerlo de alguna manera feliz, sin conseguirlo. Así lo hacía ver el Papa Pablo VI en su Exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (9-V-1975): «Esta paradoja y esta dificultad de alcanzar la alegría parecen a Nos especialmente agudas en nuestros días... La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tienen otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos. Esto llega a veces hasta la angustia y la desesperación que ni la aparente despreocupación ni el frenesí del gozo presente o los paraísos artificiales logran evitar» (nº 8).

El mundo occidental post-cristiano va cosechando cada vez más el fruto amargo de la supuesta «liberación del yugo que le habría impuesto la Iglesia». *Friedrich Nietzsche acuñó la idea de que es el cristianismo el responsable de haber entristecido el mundo*, apagando la alegría del mundo pagano. Si esto fuera así, lo lógico sería que las actuales sociedades descristianizadas se

caracterizaran por su vitalidad y alegría. A mayor secularización, más alegría. Pero la realidad nos muestra todo lo contrario. Es fundamental reconocer que la causa de este proceso que engendra tristeza colectiva se deriva del pecado personal y social, principalmente de la soberbia humana erigida en sistemas filosóficos, éticos y políticos cuya hegemonía se ejerce muchas veces a nivel social e internacional. Esto es lo que los Papas han repetido tantas veces pero la obstinación de los hombres les impide escucharlos: un mundo que se construye sin Dios acaba volviéndose contra el hombre.

Pues bien, frente a un panorama tan oscuro como el que se presenta a nuestro alrededor, muchos podrán llegar a pensar que los cristianos vivimos tristes y amargados, acusándonos de pesimistas. Nada más lejano a la realidad. El gozo en el Señor tiene un carácter esencial en la vida cristiana, tanto que puede constituirse en un criterio para conocer la «autenticidad» de nuestro seguimiento de Cristo. Es fundamental que hoy, cuando el mundo entero muere entristecido, seamos capaces de dar un testimonio de verdadera felicidad. Pero, ¿de qué alegría estamos hablando?

Alegría en la fe verdadera y ortodoxa. Es este un primer punto sumamente importante. Es el mensaje de Cristo el que nos trae la verdadera alegría. Ya lo decía Pablo VI en su exhortación: «*Alegría común, verdaderamente sobrenatural, don del Espíritu de unidad y de amor, y que no es posible de verdad sino donde la predicación de la fe es acogida íntegramente, según la norma apostólica*» (nº 69). Frente a los múltiples errores que hoy se predicán, a las falsas teologías que corroen los mismos fundamentos de la fe, hay que afirmar con toda fuerza que sólo en la humilde sumisión a la fe revelada, interpretada auténticamente por el Magisterio de la Iglesia, el cristiano encontrará la paz y la alegría.

Alegría y esperanza. Así como la alegría es signo de una fe sólida y verdadera, la virtud teologal de la esperanza constituye también el fundamento de la cristiana alegría. Esperanza que no reside en las falsas expectativas del mundo, que se confía en el progreso material y en las fuerzas humanas, sin en la firme certeza del cumplimiento de las promesas mesiánicas. El cristiano puede vivir alegre en medio de una sociedad apóstata y secularizada,

porque sabe que «el Señor es fiel y cumplirá sus promesas» (1Tes 5, 24), que vendrá en gloria como juez universal y que «tiene que reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies» (1Co 15, 25). El cristiano vive en este destierro terreno con la mirada puesta en los bienes eternos y se goza en la esperanza de participar, por los méritos de la sangre de Cristo, en la gloria eterna del Cielo.

Jesús es nuestra alegría. Nuestro corazón está hecho para recibir su amor, para ser divinizado por su gracia. Por tanto, la única alegría del hombre se encuentra en vivir sometidos a Cristo, a su dulce reinado de amor. El cristiano ha descubierto que Dios le ama, que ha dado su vida por él, y eso le basta. Pero para poder recibir este amor y este gozo divino como un don, es necesario morir a nosotros mismos. Es el camino de la cruz, de la ascesis. Todo itinerario que pretenda llegar a la alegría de la gloria sin pasar por la cruz es falso. Quienes mejor testimonio nos dan de esto son los santos, aquellos que se han entregado a la voluntad de Dios sin reservas. Los escritos que nos han dejado los mártires de los primeros siglos son de una inmensa alegría. San Ignacio de Antioquia escribía camino del martirio: «Con gran alegría os escribo, deseando morir. Mis deseos terrestres han sido crucificados... hay en mí un agua viva que murmura y dice: “Ven al Padre”» (*Carta a los Romanos*, VII, 2). De San Antonio Abad se dice que se lo reconocía fácilmente por la alegría de su rostro. De nuestro padre San Bruno se escribió: «Semper vultu festa»,

siempre su rostro estaba en fiesta. Y al final de su vida no hacía sino repetir: «¡Oh Bonitas!».

Por tanto, el cristianismo alegra porque por gracia del Salvador hace pasar de las tinieblas a la luz, de la enfermedad a la salud, de la muerte a la vida, de la perdición y el extravío habitual a un camino verdadero y seguro, de la angustia a la esperanza firmísima, de la esclavitud a la libertad propia de los hijos de Dios. Así lo decía hermosamente Juan Escoto Eriúgena, autor del siglo IX: «*No se debe desear otra cosa sino la alegría de la verdad, que es Cristo, ni evitar otra cosa sino el estar alejados de Él, pues esto se debería considerar como causa única de tristeza total y eterna. Si me quitas a Cristo, no me quedará ningún bien, y nada me asustará como estar lejos de Él. El mayor tormento de una criatura racional es estar privado de Él o lejos de Él*» (*De divisione naturae*, V. Texto citado por el Papa Benedicto XVI en la Audiencia General del 10-VI-2009).

María, «causa nostrae letitiae». Acojámonos a su maternal protección y pidámosle nos alcance la gracia de vivir en la perfecta alegría. Ella, que exultó de gozo en el Señor por el anuncio de la redención del género humano, transforme nuestra vida en un perenne Magnificat de alabanza a la Bienaventurada Trinidad y nos conduzca al gozo eterno del Cielo.

Amen.